

Michael McCaughan
RODOLFO WALSH

PERIODISTA
ESCRITOR
REVOLUCIONARIO
1927-1977

TRADUCCIÓN DE JULIA BENSEÑOR



icono •

CONTENIDO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN COLOMBIANA	
Un retrato histórico de la Argentina del siglo XX	
Por Olga Behar	5
PRÓLOGO A LA EDICIÓN CHILENA	
Walsh, el genio de un irreductible	
Por Faride Zerán	7
Este es el final. Veinticinco de marzo de 1977	11
CAPÍTULO I	
Choele-Choel	15
CAPÍTULO II	
Fin de la inocencia	23
CAPÍTULO III	
Los oficios terrestres	31
CAPÍTULO IV	
El significado de las palabras	41
CAPÍTULO V	
Operación Masacre	53
CAPÍTULO VI	
Cadáveres exquisitos	65
CAPÍTULO VII	
La Revolución cubana	79
CAPÍTULO VIII	
Antigüedades y cuentos: 1961-1964	103
CAPÍTULO IX	
Mujeres, granadas y otras batallas	119

CAPÍTULO X El poder de la palabra	131
CAPÍTULO XI La CGT	145
CAPÍTULO XII Sin retorno: 1970	165
CAPÍTULO XIII En vísperas de la esperanza, en vísperas de la destrucción	179
CAPÍTULO XIV <i>Noticias</i> , periodismo armado	193
CAPÍTULO XV Agosto de 1974 - marzo de 1976	203
CAPÍTULO XVI El golpe de Estado de 1976 y la retirada crítica de Montoneros	215
CAPÍTULO XVII Carta abierta	241
Epílogo	249

PRÓLOGO A LA EDICIÓN COLOMBIANA

Un retrato histórico de la Argentina del siglo XX

La pluma de Truman Capote se convirtió en el referente universal del periodismo literario. Pero cuando, en 1966, su obra *A sangre fría* deslumbró al mundo –por la reconstrucción impecable de un crimen que las autoridades no lograban desentrañar–, ya hacía nueve años que un argentino de origen irlandés, Rodolfo Walsh, había sacudido al poder dictatorial argentino con su reconstrucción obsesiva de un «crimen perfecto» del régimen, que había dejado con vida, no a uno, ni a dos, sino a siete de los presuntos asesinados. Su gran reportaje *Operación Masacre* sería, para los periodistas latinoamericanos con intereses en la literatura de la realidad, un referente más certero.

Walsh era un total sabueso, que en ocasiones no sabía bien si era periodista investigativo, un detective empírico o un militante de las causas populares. Era el símbolo de todos los que en las décadas del setenta y el ochenta queríamos ser periodistas literarios.

La vida de Rodolfo Walsh fue tan apasionante como su obra. Y su final, tan despiadado como el que sufrieron los protagonistas de sus textos.

Michael McCaughan, escritor y periodista irlandés especialista en temas de la política y el desgarramiento de las dictaduras latinoamericanas, hace un recorrido apasionante por la vida y la obra del argentino, y su metodología de trabajo termina siendo la misma que investigó durante varios años, la de Rodolfo Walsh.

En este viaje por las entrañas de Walsh, McCaughan logra un relato elíptico que comienza con lo inevitable: el asesinato del periodista rebelde en una calle bonaerense. Como suele suceder, Rodolfo Walsh había bajado la guardia después de la muerte de su hija Viki, militante montonera como él. Este inicio trágico logra enganchar al lector, que querrá conocer la vida del periodista-detective a partir de las páginas siguientes.

La biografía de Rodolfo Walsh es no solo una reconstrucción vibrante de su vida profesional, sino también un retrato histórico de la Argentina del siglo XX, de sus pampas y metrópolis, de sus múltiples dictaduras y de sus intentos democráticos, dibujado a partir de la dura infancia, la precoz madurez, el espíritu patriótico y el inmenso sentido del humor de un hombre que vivió intensamente –y con no pocas y maravillosas mujeres– cada día como si fuera el último. Hasta la llegada del cierre de la elipsis, con el cuerpo ensangrentado de quien soñó con un país liberado de la opresión militar.

OLGA BEHAR

Periodista y escritora colombiana.

Profesora de la Universidad Santiago de Cali.

Premio Nacional de Periodismo.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN CHILENA

Walsh, el genio de un irreductible

Rodolfo Walsh decía que el periodismo es libre o es una farsa.

Por ello, cuando devino en farsa se sumergió en la clandestinidad y combatió con las armas que poseía: la máquina de escribir y la contrainformación, utilizando todos los medios. Desde boletines clandestinos hasta sus cartas abiertas y, por supuesto, la agencia de información que había creado en la Argentina de los años de plomo.

En la Argentina de los años setenta que le arrebató a una hija y lo asesinó a mansalva.

En la que hizo desaparecer su cuerpo junto a más de treinta mil opositores a la dictadura.

Rodolfo Walsh nació el 9 de enero de 1927 en Choele-Choel, Río Negro, Argentina.

Lo asesinaron una mañana de un 25 de marzo de 1977, en la esquina de San Juan y Entre Ríos, en Buenos Aires, cuando a pesar de su disfraz un grupo de militares le hizo una emboscada, lo acribilló a balazos y luego hizo desaparecer su cuerpo.

Después del crimen los militares allanaron las casas de Walsh y se robaron todo. Parte del botín fue el último cuento que había escrito: «Juan se iba por el río». «Durante el juicio les pedí a los represores en la cara que me lo devolvieran», denunció su hija, Patricia Walsh.

Uno de sus esbirros prófugo de la justicia fue encontrado hace poco en Brasil. No vale la pena decir su nombre. Siempre será el asesino de Rodolfo Walsh.

El periodismo latinoamericano tiene una deuda con Rodolfo Walsh que se remonta a la historia de los orígenes del periodismo narrativo, periodismo literario, nuevo periodismo, o como se quiera denominar a este movimiento que une a periodistas y escritores en una simbiosis tal, que de no mediar la demanda ética de los primeros en el sentido de apegarse a los hechos reales y jamás acudir a la ficción, no existirían dos géneros.

Cuando se enseña esta corriente en las escuelas de periodismo de América Latina, al abordar la calidad de la escritura que utiliza los mejores recursos de la ficción para narrar hechos reales, o relevar el rol que ocupa la escena que contextualiza y enriquece el dato duro, se parte con Truman Capote y su clásico *A sangre fría*, publicado en EE.UU., en 1966; o se rescata a Mailer, Talese o Wolfe, obviando que mucho antes, en 1957, el argentino Rodolfo Walsh publicaba *Operación Masacre*, una investigación de un crimen social y político –los fusilamientos de la localidad bonaerense de José Luis Suárez–, que lo instalaría como un maestro en el género de libro de no ficción.

Luego de *Operación Masacre*, Walsh publica *El caso Satanowsky*, en 1958, que aborda las luchas de poder, corrupción y asesinatos que giran en torno a la propiedad del diario *La Razón* de Buenos Aires; para luego centrarse en la extraña muerte de un dirigente sindical, en el libro *Quién mató a Rosendo*, publicado en 1969.

Rodolfo Walsh fue uno de los más de treinta mil desaparecidos de la dictadura militar de los años 1976-1983. Poco antes de su desaparición, en 1977, había enviado su «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar»: «...la censura de prensa, la persecución a intelectuales,

el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años».

Desde el golpe del 24 de marzo de 1976, ya en la clandestinidad –su nombre político era Neurus– sumaba a su vasta obra y reconocimiento de narrador, periodista e intelectual latinoamericano la de militante montonero e impulsor de la prensa clandestina argentina.

En ese contexto funda la Agencia de Noticias Clandestina –ANCLA–... «el terror se funda en la incomunicación. Rompa el aislamiento. Vuelva a sentir la satisfacción moral de un acto de libertad. Derrote el terror. Haga circular esta información».

Rodolfo Walsh no es un mito, es un hombre de su tiempo que habita el siglo XX con su épica local y continental para luego ser desaparecido por los aparatos represivos, no sin antes defenderse a tiros en la encerrona que le tendieran en una calle bonaerense una mañana de marzo de 1977.

Pero Walsh tampoco era el héroe que transitó impoluto por la acera de la historia. Junto a su pasión por la literatura y la escritura de cuentos de ficción, adhiere en la primera mitad del siglo 20 a un movimiento nacionalista denominado Revolución Libertadora, que mira con simpatía la llegada de los militares al poder, para luego ser parte de una generación de periodistas latinoamericanos que no solo apoya la Revolución Cubana, sino que vive y trabaja para ella. Así se expresa, por ejemplo, en la fundación de la agencia de noticias «Prensa Latina», junto a su amigo y compatriota Jorge Masetti, proyecto que convocó al propio García Márquez, Rogelio García Lupo, Carlos María Gutiérrez y otras figuras destacadas de la intelectualidad de esos años.

Es en Prensa Latina, mientras ocupaba el cargo de jefe de Servicios Especiales, cuando realiza una de sus operaciones magistrales propias de su tiempo de escritor amante de las novelas policiales. Utilizando sus conocimientos de criptógrafo aficionado, descubre a través de claves comerciales la invasión a Bahía Cochinos organizada por la CIA.

«Tengo una hermana monja y dos hijas laicas», decía este periodista argentino de origen irlandés, proveniente de una familia conservadora que había estudiado en un colegio de monjas irlandesas y lo habían internado en otro de curas también irlandeses.

Y es precisamente alguien de ese mismo origen quien años más tarde emprende el desafío de reconstruir y explicar las mil vidas de este personaje complejo y fascinante. Michael McCaughan, escritor y periodista irlandés que ha escrito sobre América Latina por casi dos décadas y ha publicado en *The Irish Times*, *Independant* y *The Guardian*, es el autor de *True Crimes. The Life and Times of Radical Intellectual Rodolfo Walsh* (Londres, Latin America Bureau, 2002), la primera gran biografía de este periodista y escritor argentino. La paradoja no es solo el hecho de que el autor sea irlandés, sino que el libro no haya sido traducido desde su publicación, hace 13 años. Por ello este acierto de LOM ediciones que traduce el mito a su lengua, en un gesto que va más allá del meramente editorial, en tanto densifica y enriquece la historia del periodismo latinoamericano a través del genio de un irreductible, como sin duda lo es Rodolfo Walsh.

Esta biografía, que por fin llega a las manos de un público latinoamericano que merece un reencuentro con Rodolfo Walsh, está escrita e investigada en las claves que el propio Walsh habría desplegado. La investigación amplia, documentada, que no deja testigos de cargo ni descargo sin convocar; la indagación de los aspectos no solo políticos, sociales o

profesionales que hacen de Rodolfo Walsh el hombre público, sino además los detalles de su vida sentimental, de sus obsesiones literarias, de su infancia, adolescencia, amistades, y los relatos de su clandestinidad, conforman una obra escrita con pasión y compromiso.

Pero el proyecto de Mc Caughan es más ambicioso. No se trata solo de una biografía, sino también de una antología y estudio de la obra de Rodolfo Walsh, cuyos cuentos y relatos son analizados y contextualizados con el rigor del erudito. Todo en el marco de un texto sólido que, como lo mejor del periodismo narrativo, se lee como si fuera ficción; solo que cada línea es dramática y brutalmente real.

FARIDE ZERÁN

Periodista y escritora chilena.
Profesora de la Universidad de Chile.
Premio Nacional de Periodismo.

Este es el final. Veinticinco de marzo de 1977

10.30 horas

Clandestino avanzó a paso lento y medido por el camino de tierra que lo llevaba de su nueva casa a la estación de tren de San Vicente, en las afueras de Buenos Aires. Aquella zona crecía como en explosiones esporádicas, y las viviendas dispersas que manchaban el paisaje no se decidían entre unirse a la metrópolis o declararse parte del paisaje suburbano. Su figura encorvada podía pasar fácilmente por la de un maestro de escuela jubilado que disfruta de su merecido tiempo libre. Llevaba una camisa beige por afuera del pantalón de pana marrón, y un sombrero de paja le cubría la coronilla calva, protegiéndola de la intensa mirada del sol matinal. Su rostro pálido tenía una expresión de desconcertada inteligencia; era un enigma a la espera de ser resuelto. Sus facciones pronunciadas se escondían tras un bigote finito y un par de anteojos con armazón de metal dorado y lentes gruesas que delataban su miopía. *Clandestino* iba acompañado de una mujer joven, bonita y pequeña, de grandes ojos redondos y labios gruesos, de mirada tímida, que no se detenía más que un instante en los rostros de los desconocidos que pasaban a su lado. El «viejo» acababa de cumplir cincuenta años, y su colección de disfraces era una constante fuente de diversión para los amigos, a quienes les costaba identificarlo cuando se encontraban en los puntos de reunión establecidos. Le gustaba ponerse a la par de algún compañero y, con cualquier excusa, propinarle un golpe tosco con su bastón antes de que una risa reprimida develara el misterio. *Sobreviviente* fue el único capaz de darle de tomar de la misma medicina el día que con su pulcritud y su corte de pelo militar logró embaucar hasta a un veterano como él. En el bolsillo, *Clandestino* tenía los mismos documentos de identidad falsos que había llevado veinte años atrás al desatarse la primera cacería implacable contra su persona.

Llegaron a la estación de tren. Allí la pareja se encontró con el dueño de la inmobiliaria que les había vendido la casita que acababan de comprar y el hombre les entregó el título de propiedad. *Clandestino* y su compañera habían estado alquilando esa casa durante mucho tiempo, pero finalmente consiguieron el dinero para comprarla. En un raro descuido respecto de sus habituales y obsesivas medidas de seguridad, *Clandestino* metió el título en el bolsillo y siguió caminando. Si perdían el tren que estaba por llegar a la estación, no llegaría a tiempo a los encuentros acordados para esa tarde y podían pasar semanas antes de poder arreglar otra cita. Escondió el título de propiedad en el falso fondo de su maletín, pero si se topaba con los chacales, esta precaución podría demorar el hallazgo apenas unos minutos.

Abordaron el tren semivacío y viajaron en silencio hasta Constitución, una sórdida zona comercial en pleno corazón de la ciudad. Había vendedores ambulantes que ofrecían

frutas y prendas de vestir, y una veintena de hoteles de mala muerte que alquilaban habitaciones por hora. *Clandestino* buscó la pastilla de cianuro que llevaba en el bolsillo y se la dio a su compañera para que reemplazara la que se le había reducido a polvo en el bolsillo de la camisa. En la Argentina de 1977, peor que una muerte rápida era la muerte lenta y agonizante sobre la mesa de torturas, donde la picana eléctrica y los instrumentos médicos alcanzaban el grado máximo de tormento. La organización distribuía pastillas de cianuro a todos sus miembros para que las tomaran segundos antes de ser capturados. La respuesta de los chacales fue incorporar equipos de médicos en sus operativos para que les inyectaran un antídoto poderoso antes de que la pastilla terminara de hacer efecto.

12.00 horas

Cuando salieron de la estación, *Clandestino* fue hasta una cabina telefónica y llamó al sistema central de mensajes telefónicos de la organización, donde un recepcionista confirmó la reunión prevista para esa tarde. Sintió alivio. «La reunión se hace», le dijo a su compañera con una sonrisa. Le recordó que comprara la carne para el asado que tenían planeado hacer ese próximo fin de semana. Ella le hizo un último encargo: «No te olvides de regar las lechugas». La pareja había plantado hortalizas en el jardín como una forma de autoabastecerse y reducir la necesidad de viajar a la ciudad, convertida en territorio ocupado por bandas de asesinos que, bajo las órdenes del gobierno, deambulaban por las calles haciendo desaparecer gente a su antojo. La saludó con un último ademán y se perdió entre la multitud.

Hacía ya mucho tiempo que *Clandestino* no llevaba algo parecido a una vida normal. Una semana antes había estado observando a sus vecinos alegres en medio de los preparativos de un asado y a sus familiares que llegaban para compartir el festín y ayudaban a bajar de los autos a los niños que gritaban exaltados. Los hombres conversaban reunidos alrededor del fuego, mientras la carne y los chorizos se asaban lentamente, acompañados de las infaltables jarras de vino barato. Extrañaba profundamente el sentido de celebración en torno al asado, vestigio de una época sin preocupaciones en que se reunía con amigos a conversar sobre nada en particular. El aislamiento que les imponía la clandestinidad había tenido un profundo impacto en los militantes de la organización, al reducir su capacidad para interpretar los deseos de la gente común y corriente en cuyo nombre luchaban. «Un sacrificio demasiado largo puede volver de piedra el corazón», pudo haber pensado *Clandestino* evocando a W.B. Yeats, su poeta irlandés preferido.

Sobreviviente, un miembro jerárquico de la organización, tenía instrucciones de enviar a *Clandestino* fuera del país, pero pasó dos meses tratando infructuosamente de contactarse con él, con un pasaje de ida a Roma en la mano y un argumento persuasivo en la cabeza. La situación se había vuelto imposible. Todos los días llegaban noticias de nuevas detenciones, torturas indecibles y cuerpos martirizados que se quebraban y proporcionaban información, lo que a su vez llevaba a nuevas detenciones y torturas. Militantes desarraigados de sus lugares solían pasar la noche viajando en colectivo, sin dinero ni documentos, temerosos de contactarse con sus familiares o amigos, que se exponían a una muerte segura si se sospechaba siquiera remotamente que ayudaban a los subversivos. Para peor, decenas de compañeros quebrados colaboraban con sus

captore y demostraban su lealtad recorriendo las calles dentro de los vehículos de las fuerzas de seguridad, «marcando» a sus antiguos compañeros y revelando la hora y los puntos de encuentro. «Me dijeron que nunca lo reconocería, que iba disfrazado de monja irlandesa», recordó *Sobreviviente*, que se ganó el apodo después de salvarse de tres encuentros cercanos con la muerte mientras buscaba compañeros fugitivos, en un intento desesperado por mantener unida a la organización el tiempo suficiente para poner a salvo a sus militantes.

12.30 horas

Los chacales se apostaron en sus lugares a lo largo de la avenida San Juan, en el tramo entre Sarandí y Entre Ríos. San Juan es una avenida comercial que atraviesa la ciudad de norte a sur en dirección al centro y que a esa altura está flanqueada por cafés y centros de oftalmología y está atestada de gente en las primeras horas de la tarde. El viernes 25 de marzo de 1977, se veía a ancianos paseando por los alrededores de sus casas, madres llevando a sus hijos en cochecito al parque o conversando con sus vecinas a la sombra de los edificios de apartamentos. Uno de los asesinos mataba el tiempo en un puesto de diarios; otro fingía leer un periódico apoyado contra el maletero de un auto, ambos con las armas bien escondidas. Hacía falta un ojo muy entrenado para advertir que algo pasaba o estaba por pasar, y la gente estaba entrenada para mirar a otro lado. Era más seguro de esa manera.

13.00 horas

Clandestino caminaba y se detenía en distintos buzones para depositar copias de una carta abierta que le había escrito a la Junta Militar. Su compañera se había ido en otra dirección y también iba poniendo copias de esa misma carta en los buzones que encontraba en el camino; sintió gran alivio cuando ya no le quedaron más sobres. Después de un viaje corto en colectivo, *Clandestino* se acercó al punto de encuentro con todos los sentidos en estado de alerta ante cualquier posible indicio, gesto o señal que le dijera que había caído en una emboscada. Dobló en la avenida Entre Ríos; no vio nada fuera de lo normal. Era un eximio maestro en el arte de confundirse entre la multitud. Sus compañeros recuerdan que muchas veces tuvieron la sensación de que no había ido a alguna reunión o cita, pero sus notas confirmaban claramente que había estado presente.

13.30 horas

Al llegar a la esquina de Carlos Calvo, a dos cuadras de su punto de encuentro, la trampa ya estaba tendida: los chacales estaban listos para atrapar a su presa. Su jefe había sido muy categórico: nada de usar la fuerza innecesariamente. «Tráiganme a ese hijo de puta vivo; es mío». No era una presa común y corriente. *Clandestino* pasó al lado de dos de los asesinos que parecían caminar sin rumbo fijo y de inmediato tuvo la sensación de que algo no estaba bien. Volver sobre sus pasos habría sido muy obvio. Continuó caminando,

replegando su propia energía, queriendo volverse invisible. Cuando estaba ya casi fuera de la zona de peligro, alguien lo reconoció. Nadie sabe con certeza qué pasó después. La secuencia exacta de lo que ocurrió quedó sepultada bajo una súbita adrenalina, el paso del tiempo y la manipulación deliberada de los hechos para diluir futuras responsabilidades. Tal vez alguien gritó «¡Alto, policía!» sin razón aparente, lo que le dio a *Clandestino* un par de segundos cruciales para sacar la pistola que llevaba en la cintura. Los chacales abrieron fuego, pero los primeros disparos dieron lejos del blanco. Acorralado, se escondió detrás de un auto estacionado y vació el cargador de su pequeña Walther PPK sobre los que buscaban secuestrarlo. La pistola había sido un regalo de cumpleaños de su compañera. Los planes cuidadosamente trazados por los asesinos quedaron abandonados y buscaron refugio o se arrojaron al suelo. Se produjo una balacera. Tiempo después, uno de los chacales, herido por *Clandestino*, recibió una medalla por su «coraje en combate». Pocos segundos más tarde, *Clandestino* cayó abatido, el sombrero de paja bajo la rueda de un auto, mientras los peatones se alejaban a toda prisa de la escena. «Yo tiraba y tiraba pero no caía, no caía y seguía sin caer», dijo uno de los asesinos, años después. «La sangre le chorreaba, cada vez más, y yo le seguía disparando y le salía cada vez más, pero el tipo no caía».

13.50 horas

Arrostraron el cuerpo acribillado y ensangrentado hasta el auto estacionado que los esperaba y lo metieron en el maletero. Los asesinos volvieron a su oficina para poder armar una historia que les permitiera justificar aquella metida de pata frente a sus superiores. El cuerpo estuvo en un pasillo de la Escuela de Mecánica de la Armada durante veinticuatro horas, como un trofeo, antes de que posiblemente le prendieran fuego y lo arrojaran en algún terreno baldío.

Ese mismo día, más tarde

Los chacales encontraron la casa de *Clandestino*, se acercaron sigilosamente y la atacaron a balazos y bazucazos. Después, entraron, la desvalijaron y la destrozaron. Un mes más tarde, la casa era de otra persona: la madre de un jefe de la policía. No dejaron un solo rastro de los anteriores ocupantes de la vivienda.